

CASA:

¡Ah! Por eso
prefiero los que al paso de la sumisa yunta
abre mi tosco arado con su mellada punta.

ESTACIÓN:

Vuestro largo aislamiento, el medio y la distancia
os mantienen, señora, en dichosa ignorancia.

CASA:

Dentro del noble empleo de la existencia mía,
hay ciertas ignorancias que son sabiduría.

ESTACIÓN:

Os ciega el amor propio, como a mí el optimismo.

CASA:

Ese amor, fruto amargo de orgullo y egoísmo
no prospera a la sombra de mis viejos aleros.
¿Qué sabes de mi vida?

ESTACIÓN:

No he querido ofenderos;
pero habláis de la ciencia con desprecio profundo
porque vivís tan lejos...

CASA:

¿Lejos de qué?

ESTACIÓN:

Del mundo.

CASA:

¡El mundo!... ¿A qué nombrarlo? ¿A qué empañar la augusta
serenidad del campo con esa sombra adusta?
Como un grito en un templo, por hostil y profano,
disuena en mis dominios el recuerdo mundano...
Porque el campo es un templo: el Salvador divino